



Arquidiócesis de Tuxtla

29 de marzo de 2026 | Comunicado

El Domingo de Ramos es “el gran pórtico que nos lleva a la Semana Santa”. En la liturgia de la Palabra de este día contemplamos cómo Él va a Jerusalén para “cumplir las Escrituras y para ser colgado en la cruz”, el trono desde el cual reinará por los siglos, atrayendo a sí a la humanidad de todos los tiempos y ofrecer a todos el don de la redención.

En la procesión del Domingo de Ramos nos unimos a la multitud de los discípulos que, con gran alegría, acompañan al Señor en su entrada en Jerusalén. La procesión es, ante todo, un testimonio gozoso que damos de Jesucristo, en el que se nos ha hecho visible el rostro de Dios y gracias al cual el corazón de Dios se nos ha abierto a todos. Pero sabemos que seguir a Jesús conduce siempre a la cruz; implica estar dispuestos a sufrir el conflicto, la polémica, la persecución y hasta la muerte. Pero su resurrección nos revela que, a una vida crucificada, vivida hasta el final con el espíritu de Jesús, solo le espera resurrección.

La Semana Santa tiene en su centro el Triduo Pascual, tres días que nos hablan de esperanza y del amor infinito de Dios a la humanidad, y nos hacen entrar en el gran misterio de la Resurrección de Cristo. El Misterio Pascual constituye el eje de la vida del cristiano en torno al cual giran todos los demás eventos. El centro de nuestra fe y el corazón de nuestra esperanza se encuentran profundamente enraizados en la Resurrección de Cristo. En el jueves, viernes y sábado santos “todo nos habla de la misericordia, pues se hace visible hasta dónde puede llegar el amor de Dios por nosotros”, decía el recordado Papa Francisco.

El anuncio pascual es la noticia más hermosa, alegre y conmovedora que jamás ha resonado en el curso de la historia. Es el “Evangelio” por excelencia, que atestigua la victoria del amor sobre el pecado y de la vida sobre la muerte. Ante nuestra frágil humanidad, el anuncio pascual se convierte en cura y sanación, alimenta la esperanza frente a los desafíos alarmantes que la vida nos pone por delante cada día a nivel personal y planetario.



Para los que vivimos en estas tierras chiapanecas, la celebración de la Pascua de Resurrección nos lleva a confrontar las "muertes" cotidianas —la exclusión, la pobreza, las violencias, las desapariciones forzadas, el desplazamiento forzado de comunidades o la indiferencia— para transformarlas en semillas de vida. El desafío pascual en nuestra tierra es pasar de la indiferencia a la acción que genera vida. La Resurrección nos empuja a ser agentes de paz en comunidades que anhelan justicia, recordándonos que la última palabra no la tiene el sepulcro, sino la vida que se comparte y se defiende.

Este Domingo de Ramos, estamos llevando a cabo en la Arquidiócesis de Tuxtla la Jornada de la caridad, animada por Cáritas y la Pastoral social, que nos invita fortalecer la proyección social de la fe, mediante la participación solidaria de los fieles y pastores. Esta colecta se realiza en todas las diócesis de México, y este año tiene como lema: “Sembremos caridad y cosechemos esperanza, respondiendo al clamor de quienes sufren”.

Los recursos recaudados están destinados a apoyar diversas iniciativas que benefician a quienes viven en situación de pobreza, marginación o vulnerabilidad, impulsando acciones concretas de ayuda humanitaria, desarrollo comunitario y acompañamiento integral.

Mons. José Francisco González González
Arzobispo de la Arquidiócesis de Tuxtla